Por Craig Keener

Traducido por Alberto Bonilla-Giovanetti

“In God’s presence—John 14–16

En la Presencia de Dios—Juan 14–16

Algunos de nosotros nos sentimos como que debemos ganarnos nuestra entrada a la presencia de Dios cuando oramos—que quizás, si oramos de cierta manera o por cierta cantidad de tiempo, Dios empezará a oírnos. Algunos incluso creen que no tenemos acceso a la presencia de Dios hasta que Jesús vuelva. Cuando Jesús mandó a sus discípulos al mundo, sin embargo, él los preparó con su Espíritu (Juan 20:21–23). Este es el mismo Espíritu que él les había explicado antes, quien sería la continuación de la presencia de Jesús entre ellos (Juan 14:2–23) y en el mundo (16:7–11).

Jesús empieza a insinuar sobre esto aún antes que sea completamente explicito. Típicamente citamos Juan 14:2–3 como si solamente se refiriera a la venida futura de Jesús: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay… vendré otra vez y los tomaré conmigo…” (RVA–2015). Pero, aunque sea magnifica nuestra esperanza futura, Jesús tenía intención de algo más que esto que está aquí. La casa del Padre es el lugar de su presencia, y no pertenecemos a él solamente en el futuro. La única “venida” que Jesús se refiere explícitamente en este contexto es su regreso a ellos después de la resurrección para darles su Espíritu (14:16–19, 23), una promesa cumplida en 20:19–23. El termino griego para “moradas” en 14:2 ocurre solamente en un lugar más en la Biblia—mas tarde en esta misma conversación (14:23), donde Jesús y el Padre harán su “morada” con el creyente.

Si esto se nos hace difícil de entender, deberíamos recordar que no fue menos difícil de entender para los primeros discípulos. Jesús prometió prepararles a ellos un lugar en la presencia del Padre, donde él iba a ir (14:2–4), pero ellos protestaron que ellos no sabían donde iba él o como llegar ahí (14:5). Jesús contestó que donde él iba era al Padre, y que ellos irían allí al ir a través de él (14:6). Hoy entendemos que no tenemos que esperar el regreso de Jesús en el futuro para ir al Padre a través de Jesús; vamos a él por fe cuando lo aceptamos como nuestro Señor y Salvador.

En otras palabras, entramos a la presencia del Padre en el momento de nuestra conversión. Ya sea que uno reconozca que 14:2–3 habla de la experiencia presente o no, de seguro 14:17 y 23 lo hacen: el Padre, Hijo y Espíritu vienen para hacer de su morada en los creyentes. Esto significa que, si has rendido tu vida a Jesús, tu estás en su presencia en este mismo momento. El mismo Jesús que enseñó y sanó en Galilea, quien lavó los pies de los discípulos, quien murió por nuestros pecados y resucitó de entre los muertos está contigo ahora mismo mientras lees este articulo. Él está contigo en cada momento de cada día, viviendo dentro de ti y entusiasmado por enseñarte sus caminos.

Pero el Espíritu no solo es un mediador entre la presencia de Jesús y nosotros; el Espíritu también es mediador entre la presencia de Jesús y el mundo. De igual manera que Jesús convenció al mundo de pecado, justicia, y juicio durante su ministerio terrenal, el Espíritu continuará haciendo lo mismo al presentar a Jesús al mundo (Juan 16:8–11). Pero el texto también sugiere que el Espíritu trabajará especialmente a través de los seguidores de Jesús, aún para mediar la presencia de Jesús en el mundo (15:26–27). Jesús prometió mandar al Espíritu, no al mundo, sino a los creyentes (16:7); a través de nuestro testimonio de Jesús, el Espíritu convencería al mundo al confrontarlo con la presencia de Jesús mismo (16:8–11). Porque Jesús vive dentro de nosotros, podemos estar confiados de que cuando vivimos en sus caminos y compartimos su mensaje, Dios mismo tocará los corazones de la gente con quienes compartimos.